

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8460

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECION DE SUSCRIPCION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Canimartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 21 de Enero de 1890

EL GENERAL PRIM JUZGADO POR UN MEJICANO.

El Sr. D. Manuel Payno, general de Méjico en España, va á publicar con el título «Barcelona y Méjico en 1888-89», sino la ha publicado ya á estas horas, una interesante obra en uno de cuyos capítulos, que lleva el epígrafe «La estatua del general Prim» se ocupa de esta ilustre é inolvidable figura de nuestra historia militar y política.

Uno de nuestros más asiduos colaboradores, una de las más poderosas inteligencias del Ejército español, escritor nombradísimo, ha tenido la feliz ocurrencia de enviarnos el capítulo en cuestión, aun antes de aparecer la obra al público, y de él entresacamos aquellos períodos más notables en que se trata del héroe de los Castillejos y de su proceder en la expedición famosa al ex-imperio de Moctezuma.

He aquí esos períodos:

«Al salir el conde de Reus de España, la Reina le invitó con el doble carácter de general en jefe del Ejército expedicionario y ministro plenipotenciario, enviado extraordinario.

Para él, batallador por inclinación, afecto á las expediciones difíciles y aventuradas, el papel de soldado en esas circunstancias era tentador. Tenía en su apoyo no solo á España, sino á Francia y á una gran parte de Europa entera, con excepción de Inglaterra, porque lord Palmerston conservaba una cierta predilección por las repúblicas americanas y nunca había querido llevar las cosas hasta el punto de enviar tropas y escuadras, pero Méjico, en resumen, estaba perdido en la opinión pública de Europa, y el soldado afortunado que llegase triunfante á la capital podía contar una brillante coronación de gloria y con la aprobación universal. Se llegó á decir por el conde de Saligny mismo, que el general Prim tenía el plan de coronarse en Méjico. Poco faltó para que hubiese un duelo entre el ministro francés y el general español.

Si á la fogosa imaginación del conde de Reus se presentaron esos tentadores fantasmas de una nueva gloria, no es posible saberlo, pero no es tampoco temerario el suponerlo, y si así sucedió, mayor es su mérito. Guardó la espada y aceptó de lleno su papel de embajador, y dominando su carácter, contemporizando con sus colegas y sobreponiéndose á las dificultades, continuó en todos sus pasos con la cordura y parsimonia con que había comenzado desde el momento que desembarcó en Veracruz.

Acompañado de tropas extranjeras en la zona de la costa, comenzaban á resentirse de la influencia del clima, y se resolvieron á significar al Gobierno de Méjico que necesitaban avanzar á las tierras salubres y templadas.

La respuesta de Doblado fué como si tuviese no treinta, sino cien mil hombres. Dijo en su tónica á los comisionados reales, que sin saber expresamente el objeto de la venida de las tropas no podía el Gobierno consentir en que avanzasen.

Cólera terrible de Saligny que quería avanzar inmediatamente; reflexión y calma de parte del jefe español.

En esta última ocasión, el que el general Prim, con poderes de los demás, tuviese una entrevista con Doblado.

Así como Saligny fué repelente para el jefe español, Doblado le fué simpático; pronto se entendieron, y en 19 de Febrero de 1862

firmaron en el pueblo de la Soledad, distante 14 leguas de Veracruz, unos convenios que fueron á justo título considerados como los preliminares de una paz horrorosa.

Juarez, ese ogro, según el caduco historiador Captú, que se comía á los niños criados y que regateó como el judío de Shakespeare la carne y la sangre de Maximiliano tuvo un día de regocijo y comunicó los convenios á los gobernadores, anunciándoles que la paz vendría dentro de pocos días á visitar el país donde tantos años había estado ausente. Todo se le debía al general Prim.

No hubo ya duda. La Inglaterra y la España especialmente, eran víctimas de una especie de mistificación. Los convenios de la Soledad se habían reprobado en París, el vicemirante La Graviere quedaba destituido del mando militar y el conde de Saligny investido de los más amplios poderes y único representante del Emperador.

Los monarquistas mejicanos, renegando del tradicionalismo español representado en Méjico por la dinastía de Borbón desde el tiempo de Felipe V, se habían aprovechado hábilmente de los sucesos y buscado un príncipe de la casa de Hapsburg; los créditos de la convención española quedaban despreciados y nulificados ante los honos de Jecker; el futuro soberano de Méjico había aceptado la corona y se disponía á venir; Almonte se lo había comunicado al general Prim, que ya lo sabía por los despachos oficiales de Calderón Collantes, la política napoleónica había cambiado totalmente sin el acuerdo de las potencias aliadas; el gobierno constitucional de Méjico iba á ser derrocado y sustituido por otro; contra lo que expresa y terminantemente había ofrecido el general Prim bajo su firma y la palabra de soldado.

La España iba á dar la sangre de sus hijos y á gastar millones de reales para que Saligny se casase con una rica, para que Jecker fuese pagado de sus quince millones; para que un partido mejicano subiese al poder; para que Almonte fuese un par de meses presidente, y un príncipe de una dinastía extranjera se coronase y gobernase la colonia que había sido la joya predilecta de la corona española?...

El general Prim no lo permitió.

Renunciando á toda gloria militar, sin temer las responsabilidades, sin cuidarse de lo que dirían sus enemigos, ni de las Cámaras españolas, ni de la prensa, ni de como juzgaría su conducta el emperador Napoleón, que era su amigo, contra la opinión de toda Europa, sin consultar ni menos esperar la solución del ministerio, tomó la heroica resolución de un hombre honrado: abandonó el campo y la temeraria aventura á los franceses y despachó á la Habana á sus tropas.

Hernán Cortés no esperó las órdenes de Carlos V para quemar las naves y conquistarle un imperio.

El conde de Reus no esperó tampoco las órdenes de Isabel II para velar las naves y ahorrer á España la sangre de ocho ó diez mil soldados y el gasto de ochenta ó cien millones de pesos, y sobre todo el inmenso ridículo de batirse con los mejicanos por el casamiento del conde Saligny y por reclamación de Jecker.

Toda el mundo conoce la valiente hazaña de Hernán Cortés.

Pocos conocen la heroica retirada del Conde de Reus.

La falta de espacio no nos permite transcribir más; pero con lo anterior hay suficiente para que nuestros lectores juzguen el mérito de la obra del Sr. Payno; su espíritu imparcial, su elegante estilo y el concepto que

en la noble nación mejicana se tienen los actos de nuestro general Prim, grande en todas las ocasiones, pero nunca tanto como en aquella en que arrojó todas las responsabilidades, antes que continuar derramando la sangre y el oro español en aquella impopular campaña en favor de intereses extraños y contra un pueblo libre y dueño de sus destinos.

Felicitemos, pues, al Sr. Payno, por su notable obra, que será leída de seguro en España por todas las personas de buen gusto = F. L.

(De «La Correspondencia Militar.»)

La laringe de Gayarre.

Con este mismo título, publica en *El Imparcial* un curioso artículo D. José R. Carracedo, de cuyo trabajo tomamos los siguientes párrafos:

«Dos eran las principales anomalías de la laringe de nuestro cantante predilecto. La primera que inmediatamente salta á la vista inspeccionada la figura total del órgano, es la falta de simetría muy manifiesta en el escaso desarrollo del lado izquierdo, hasta el punto que la rama de la escotadura anterior correspondiente á dicho lado parece tímidamente replegada sobre la derecha que avanza francamente con su normal desarrollo. Como consecuencia de este desequilibrio de las dos mitades, la laringe en su conjunto muéstrase como torcida, por cuya circunstancia me decía el D. Cortezo al enseñármela que desde el momento que la vió hubo de considerarla como una laringe jorobada.

Esta depresión lateral del tubo que influye más principalmente en la producción del sonido determinaba una relativa estrechez, y por consiguiente economía del aire, el cual, siendo insuflado por amplios pulmones contenidos en una vasta cavidad torácica, prolongada extraordinariamente su salida en la expiración, y por esta correspondencia entre el torax y la laringe era nuestro artista, cantante de tales alientos, que ciertos pasajes de su repertorio parecían inacabables.

Sólo poseyendo tal aparato de fonación puede explicarse que fura durante 45 segundos el *ahí me* con que termina la romanza del cuarto acto de la ópera *Favorita* en su primera parte, sin tomar aliento hasta después de haber dicho la frase *spinto gentil* que se repite en la segunda.

La otra anomalía de la laringe, mucho más curiosa que la anterior, estaba constituida por una especie de nudo situado casi en el centro del borde interno de la cuerda vocal izquierda, nudo que no era transitoria y accidental formación morbosa, sino apéndice tan natural y persistente como la cuerda vocal misma.

Este pormenor, que parece despreciable á la vulgar inspección, era de inmensa trascendencia para producir al cantante con singularísima facilidad los asombrosos efectos de su voz de falsete.

Para emitir esta voz es necesario que complicados trabajos musculares de los músculos y cartílagos de los órganos fonatorios actúen sobre las cuerdas vocales, extendiéndolas y aproximándolas en su posición central, y Gayarre ya tenía naturalmente hecha una parte del trabajo con el

apéndice que había dilatado la cuerda vocal izquierda para aproximarla á la derecha pudiendo pasar con rara sencillez de la voz de pecho á la de falsete y vice-versa.

Ahora pueden explicarse en su aspecto mecánico tan solo—que el sentimiento artístico es de otro orden,—aquellas asombrosas transiciones con que sorprendía á los espectadores al matizar con todo género de primores y audacias el aria de la ópera *Don Sebastiano* que solía cantar en el último acto de *Lucrecia Borgia* y de igual manera la admiración de sus íntimos amigos que le oyeron cantar al piano la parte del contrato del *Orfeo* de Gluck.

Cree el doctor Cortezo, y en mi sentir muy atinadamente, que la pimitria de la laringe por él estudiada es condición congénita, pero que el nudo de la cuerda vocal es deformidad adquirida por el uso repetido del falsete. Quizá en los comienzos de su carrera artística estaba iniciada en Gayarre esta anomalía, y al sentirse muy apto para producir la voz de cabeza, estimulado por el justísimo éxito que sus bellísimos falsetes alcanzaban, los cultivó con especial interés, y el órgano entonces secundó á la función modificándose fácilmente á impulsos del trabajo que se le exigía.»

SOLUCIONES.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CASACA

Charada

Porque prima dos dije dos tercera mi conducta Beatriz tres dos primera.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

LOS MESES

Los periódicos nos hablan estos días de un libro que acaba de publicarse, editado con gran lujo y cuyo precio es el de 80 pesetas.

Títulase «Los Meses» y se compone de doce artículos escritos por dos literatos notabilísimos, cada uno de los cuales tiene á su cargo un mes del año.

Todo el de Marzo al Sr. Núñez de Arce, y el ilustre poeta ha escrito trances sonetos magníficos, y valientes como suyos.

A continuación publicamos tres de dichas composiciones:

Mayo es un mes de peles,
ya me atarde el combate, y ya rendido,
sólo á mi propio pensamiento pido
la calma, que mi espíritu desea.

Soy como el veterano, que en la aldea
donde ignorado vive y escondido,
en recordar los riesgos que ha vencido
sus veladas tristes empleo.

Nunca podré borrar de mi memoria,
sueños de la ambición, locos deslices
de la vida juvenil y ansias de gloria!

¡Qué jay! hasta en sus horas más felices
no puedo olvidar su muerta historia,
cuando mis sus viejas cicatrices!

Nunca gozó la tierra castellana
más gentil y perfecta oritura.
Era su faz tan delicada y pura
como el nítido albor de la mañana.

Tenia su mirada soberana
el brillo de un lucero en noche oscura